

ROGER SMITH

DIABLOS  
DE POLVO



*Colección Pulpo Negro*

ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:

*Dust Devils*

Serpent's Tail

Londres, 2011

1ª EDICIÓN: MARZO 2012

Publicado por

ES POP EDICIONES

Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid

[www.espop.es](http://www.espop.es)

© 2011 by Roger Smith

© 2012 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez

© 2012 de esta edición: Es Pop Ediciones

CORRECCIÓN DE PRUEBAS:

Rafael Díaz Santander y Manuela Carmona

DISEÑO Y MAQUETA:

El Pulpo Design

LOGO:

Gabi Beltrán

IMPRESIÓN:

Huertas

Impreso en España

ISBN: 978-84-936864-7-5

Depósito legal: M-4739-2012

## 1

Rosie Dell había ido a ponerle punto final. Esta vez en serio. Entró por la puerta trasera, como lo hacía siempre. Fue caminando desde Clifton Beach hasta el apartamento a nivel de calle, mientras el sol se hundía en el Atlántico como un cigarrillo en una cuneta. Vislumbró su reflejo —un borrón de piel morena y negros rizos enmarañados— al abrir y descorrer la verja plegable de acero que cubría las puertas de cristal del dormitorio. Así es como vivían en Ciudad del Cabo los blancuchos adinerados. Tras las rejas.

Él la estaba esperando. Tumbado en la cama, con sus pantalones de traje y sus zapatos de vestir, el cuello de la camisa de seda desabotonado. El rostro desdibujado en la penumbra. Rosie lanzó sus llaves sobre la sábana, a su lado.

—No puedo seguir haciendo esto, Baker —dijo—. Ya no.

Cuando estaban a solas siempre lo llamaba Baker. Nunca Ben.

Él no dijo nada, se levantó y se acercó a ella. Utilizó su masa para empujarla contra la pared, arrebatándole con el beso sus palabras de protesta y la resolución. Las manos de Baker estaban bajo su falda, alzando la tela por encima de su cintura, bajándole las bragas por las piernas. Se desprendió de la camisa y Rosie pudo notar el cálido peso de su carne. Pensó en un buey de Kobe engordado con cerveza.

Para cuando terminaron ya era de noche. Rosie estaba sentada en la cama, todavía vestida. Baker se alzaba de pie junto a ella, silueteado frente a la luz del pasillo. Rosie oyó los dientes de su cremallera al juntarse.

—Recoge las llaves —dijo él. Rosie notó el frío tacto del acero bajo los dedos—. Guárdatelas en el bolsillo.

Hizo lo que le decía. Su alianza resonó al chocar contra el metal. Le pareció ver el destello de la sonrisa de Baker en la oscuridad.

Rosie le observó recorrer el pasillo hasta el salón radiantemente iluminado, descamisado, con la pálida piel de la espalda cruzada por las marcas rojas de sus uñas. El torso desnudo, duro y graso, como el de una foca. *Joder, ni siquiera es mi tipo*, pensó como siempre. Significara lo que significase. Pero cuando Baker estaba cerca, una especie de fiebre se apoderaba de ella. Algo que iba más allá de la razón. No era su dinero. Eso habría podido comprenderlo. Lo peor de todo era que sabía que volvería a por más.

Baker se encontraba de pie junto a un boceto de un toro de Picasso, sirviéndose escocés de una licorera, cuando los dos hombres llegaron desde el lado de la puerta principal. Negros, vestidos con monos azules. No habían hecho el menor ruido, así que debían de tener una llave. Uno de los hombres era grande, joven y de aspecto nervioso. El otro era más bajo y más mayor. Tranquilo. Los dos llevaban pistola.

Baker dejó la licorera sobre el encerado chifonier y levantó las manos hasta los hombros. Habló con el tono seguro de sí mismo que Rosie le había oído utilizar muchas veces en reuniones de negocios.

—Vale. Mantengamos la calma. Llevaos lo que queráis. No hay problema.

El más bajo disparó a Baker en el pecho, la pistola tosió a través de un silenciador. Baker dejó caer las manos y se derrumbó

sobre una rodilla. Se estaba volviendo para mirar a Rosie cuando la siguiente bala le entró por el ojo derecho y envió parte de su cráneo contra la pared que tenía a sus espaldas. El hombre disparó a Baker una tercera vez allí donde había caído, tirado sobre la alfombra, y su cuerpo se sacudió.

Todo esto sucedió en quizás cinco segundos. Rosie seguía sentada en la oscuridad. Inmóvil. Entonces el más mayor miró hacia el dormitorio y la vio. Rosie se levantó impulsándose sobre la cama y cerró la puerta con todas sus fuerzas, haciendo girar la llave en la cerradura. Oyó un chasquido y la madera se astilló junto a su mano al ser atravesada por una bala que fue a enterrarse en el colchón.

Rosie le dio un codazo al botón del pánico de la pared. No se oía en el apartamento, pero estaría zumbando en una sala de control en algún lugar, convocando hombres armados. Convocando enfermeros. Demasiado tarde para Baker. Rosie salió corriendo al patio, a la noche. Las rejas de seguridad del salón estaban cerradas, conteniendo a los hombres.

Rosie les oyó tirar abajo la puerta del dormitorio mientras ella cruzaba las baldosas. Oyó la fina madera quebrarse. Saltó sobre un lecho de flores y salió esprintando por el camino de entrada hacia la playa. En la carrera perdió las sandalias, notó el duro pavimento bajo sus pies descalzos. Mientras rebuscaba las llaves en su chaqueta, oyó otra vez el tosido y algo saltó junto a su pie. Siguió por el sendero, rodeando unos setos, y alcanzó la puerta. Muro alto. El zumbido de una valla electrificada. Un foco con sensor de movimiento se activó, iluminándola. Rosie intentó introducir la llave en la cerradura mientras los dedos le temblaban como a un borracho el viernes por la noche. Oyó el tamborileo de unas pisadas.

*Fok, fok, fok.* Su lengua regresó al afrikáans de su infancia. Los dedos encontraron la hendidura.

Abrió la puerta y la cruzó. Estaba cerrándola de nuevo cuando

los hombres aparecieron ante su vista. El más mayor levantó la pistola y una bala cantó junto a su cabeza. Rosie persiguió su sombra hacia la oscuridad de la playa, notando que la arena le agarraba de los pies. Se esforzó por llegar hasta la orilla, donde podría correr con más libertad. Su aliento sonaba áspero, más fuerte que las olas. Pasó corriendo de la Segunda playa a la Primera.

Rosie vio a un grupo de adolescentes vestidos con vaqueros anchos y sudaderas, de camino hacia Victoria Road, con sus tablas de *bodyboard* bajo el brazo. Se unió a ellos mientras subían las escaleras, zigzagueando entre bungaloes playeros que se vendían por millones de dólares y euros. Los chicos estaban compartiendo un porro, una luciérnaga que bailaba de rostro en rostro. Tenía unos quince años más que ellos, pero la miraron con interés. Uno de ellos dijo:

—Hey.

Rosie le devolvió el saludo y él le pasó el porro.

Rosie lo aceptó, le dio una calada, notó la familiar calidez en los pulmones. Exhaló el humo y pasó el porro. Habían llegado a lo alto, a la carretera, y estudió atentamente la zona. Gente que paseaba a su perro y corría. Nada de hombres armados.

Dejó a los chicos junto a una furgoneta oxidada y cruzó hasta donde su Volvo plateado permanecía aparcado bajo una farola. Un vigilante con gorra y chaleco verde fluorescente la saludó con la mano. Era ingeniero, un refugiado de alguna parte de África. Siempre le daba propina. Esta noche no.

Rosie se sentó al volante del coche. Entumecida. Sin zapatos. Sin bragas. Notó que tenía la entrepierna pegajosa al encender el contacto y se dirigió hacia casa, hacia su esposo y sus hijos.

—Yo metí en la trena el negro culo de Nelson Mandela. Tienes delante de ti el motivo de que fuera a la cárcel. Cambié el curso de la historia y ni una sola palabra de las que he dicho es una puta mentira.

Robert Dell, la cabeza espesa por el vino de la comida, hundido en el asiento del pasajero del Volvo, no dormido pero tampoco completamente despierto, se vio asediado por el recuerdo de la voz de su padre, surgido desde lo más profundo de su infancia: fuerte, imperiosa, marinada en Jack con Coca Cola y cigarrillos sin filtro. Desafiantemente West Texas, como Tommy Lee Jones en un papel secundario. Hacía veinticinco años que no veía a su padre, pero su voz estaba allí mismo, en el coche, fragmentos no deseados del pasado de Dell que revoloteaban a su alrededor como murciélagos.

Se enderezó en el asiento. Miró a su esposa, concentrada en la carretera mientras tomaba una curva cerrada; oyó a sus hijos reír en el asiento de atrás. Dell miró hacia el sol. Que la radiante luz quemara todos sus malos rollos.

Estaban atravesando un estrecho paso de montaña, siguiendo una carretera repleta de altibajos que descendía hasta un valle lejano. A la izquierda de Dell se abría un precipicio, y la

pequeña ciudad en la que habían comido había quedado muy atrás, perdida. Franschhoek, a una hora de Ciudad del Cabo, siempre le recordaba a Dell un decorado de película: viñedos rodeados de montañas, casas blancas con tejados a dos aguas construidas Dios sabía cuándo por colonos hugonotes, tiendas de recuerdos y restaurantes pretenciosos con nombre francés. Durante la comida Dell había trasegado una botella entera de tinto, intentando suavizar las aristas de un par de días realmente jodidos. No era de extrañar que su padre le hubiera hablado, tras las noticias que había recibido el día anterior.

—¿Estás bien? —preguntó Rosie sin apartar los ojos de la carretera.

—*Ja*. Demasiado vino.

—Realmente no has parado hasta rematar la botella —dijo, mostrándole una rápida sonrisa. Las buenas escuelas y la universidad habían suavizado el acento gutural de su infancia, pero Dell aún podía detectarlo en la manera en la que hacía rodar las erres, el ligero rozado de los Cape Flats que sonaba casi como español. *Rrrrealmente. Rrrematarrr*.

—Lo siento —dijo él.

—No lo sientas. Es tu cumpleaños. Relájate.

Su cumpleaños. Jesús. ¿Se puede saber cómo diablos había acabado teniendo cuarenta y ocho años? Dell se pasó los dedos por el pelo largo y rubio, veteado de gris. El picor de dos semanas de barba en su rostro. Plateada en su mayor parte. Habría que aligerarla un poco. Su esposa decía que estaba sexy con barba de un par de días. O solía decirlo.

Dell se volvió hacia atrás para mirar a los gemelos, asegurados en sus asientos infantiles, el uno junto al otro. Mary y Thomas, cinco años, sorbiendo zumo de frutas a través de sendas pajitas dobladas. Tommy estaba diciendo que Ben 10 era mucho mejor que Pokémon. Mary no estaba de acuerdo. Tommy era muy enfático.



—Tommy, eres un idiota de tomo y lomo —dijo Mary, hablando como una abuela.

El sol brilló como un halo sobre su indómito pelo, que caía hasta la mitad de sus espaldas en oscuras espirales. El pelo de su madre. Y su piel también. Exactamente del color del caramelo.

Dell puso una mano sobre la pierna de su esposa, percibiendo su calor a través del vaquero.

—¿Y tú, Rosebud? ¿Qué tal vas aguantando?

Rosie intentó ofrecerle otra sonrisa, pero no cuajó. Estaba haciendo todo lo posible por recompensarle con un cumpleaños agradable, pero su corazón no estaba en ello. Llevaba en un lugar interior y oscuro desde que Dell la había encontrado hacía dos días, acurrucada en el sofá, hecha un ovillo, viendo en la tele las noticias de la mañana que informaban de la muerte de Ben Baker. Dell vio imágenes de policías alrededor de un apartamento de lujo en Clifton y oyó al locutor anunciar que Baker había sido asesinado la noche anterior en un atraco a mano armada. Un allanamiento que había pasado a mayores. Algo de lo más común en Ciudad del Cabo. El único motivo de que saliera en las noticias era que Ben Baker había sido uno de los hombres más ricos del país. Su botín había patrocinado la fundación de arte que dirigía Rosie. Baker era el motivo de que estuvieran conduciendo aquel Volvo nuevo y reluciente.

—Me he sorprendido a mí misma buscando tabaco en el bolsillo hace un momento —dijo Rosie. Lo había dejado al quedar embarazada de los gemelos—. ¿Qué significa eso?

—Significa que estas estresada.

La muerte de Ben Baker implicaba que pronto se quedaría sin trabajo. Dejándoles a ambos desempleados.

—Todo saldrá bien —dijo Dell. Huecas las palabras.

Alargó la mano para tocar la de su esposa sobre el volante. Dedos hermosos, elegantes, rematados por largas uñas. De un tiempo a esta parte se hacía la manicura. Cuando la conoció, las

llevaba cortas y los dedos manchados por los óleos que utilizaba para crear sus gigantescos cuadros abstractos. Pero había abandonado la pintura para convertirse en burócrata. Él echaba de menos los olores en la casa. Trementina y aceite de linaza.

Dell apartó la mirada de su bella mujer. Hoy estaba sintiendo la diferencia de edad con mayor agudeza que nunca. Observó la carretera. Las tierras cultivadas habían desaparecido. Atrás habían quedado las granjas frutícolas y los viñedos. La semana anterior un fuego había asolado las montañas, llegando a quemar los lindes del *bush* indígena y dejando un paisaje post-apocalíptico de roca y cenizas grises que todavía humeaba en según qué zonas. Dell miró por encima del precipicio, hacia el lecho de un río seco que discurría por abajo en la estrecha hendidura del valle. Notó una oleada de vértigo y cerró los ojos. Demasiado vino.

Dell abrió los ojos y habló antes de ser capaz de contenerse:

—Ha salido, Rosie.

—¿Quién?

—Mi padre. Lo han soltado.

Las manos de su esposa se tensaron sobre el volante. Apartó la mirada de la carretera el tiempo suficiente como para que él viera inquietud en sus enormes ojos oscuros.

—Será una broma, ¿no?

Dell negó con la cabeza.

—Ayer recibí una llamada de una emisora de Jo'burg. Prácticamente me emboscaron, los muy cabrones. Querían saber si tenía algo que declarar.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Jesús, Rosie. Bastantes preocupaciones tenías ya con el asunto de Ben Baker.

Los ojos de Rosie relampaguearon en su dirección y luego volvieron a la carretera.

—¿Cuándo lo han soltado?

—Al parecer, hace un par de semanas. Lo liberaron de tapadillo, por eso no habíamos oído nada.

—Creí que cadena perpetua quería decir cadena perpetua. Dell se encogió de hombros.

—En este caso ha significado dieciséis años.

—¿Crees que querrá contactar contigo?

—Ni hablar, Rosie. No te preocupes.

—Es su abuelo —echó un vistazo por el retrovisor a los gemelos, todavía inmersos en su debate televisivo.

—Sabe que más le vale no acercarse a mí. Y aunque lo hiciera, ¿crees que le permitiría acercarse a un puto kilómetro de ellos?

El radar de Mary captó aquello.

—Papá ha dicho una palabrota.

Dell se volvió en el asiento.

—Sí, papá ha dicho una palabra muy fea. Y lo siente mucho. ¿De acuerdo?

—¿Dónde está? —la voz de Rosie, tensa.

—No lo sé. Imagino que lo habrán acogido sus amigotes de extrema derecha.

—Jesús, Rob...

—Ya lo sé, ya lo sé. Fue duro ser hijo suyo cuando hizo lo que hizo. Y ahora todo va a empezar de nuevo, ¿verdad?

—Tú no eres tu padre, Rob —los ojos de Rosie seguían en la carretera, pero alargó una mano para tocarle la cara.

—No, no lo soy.

Dell había adoptado el apellido de su madre. Hablaba con su acento sudafricano. Practicaba una política de izquierdas que le había convertido en enemigo de su padre. Había engendrado hijos de raza mixta. Pero a veces, cuando un espejo lo tomaba por sorpresa, veía de refilón al viejo devolviéndole la mirada.

Del asiento trasero llegó un alboroto. Tommy estaba intentando quitarle a Mary su bebida, derramando zumo sobre ella. Mary gritaba. Tommy gritaba en respuesta.

Dell se giró, chillando:

—¡Por el amor de Dios, ¿es que no os podéis estar quietos?!

Su explosión provocó un vacío que rápidamente se vio ocupado por los berridos de Mary.

—Bueno, bueno, bueno. Tranquila —dijo Dell, rebuscando en la guantera una caja de toallitas húmedas. Se desabrochó el cinturón y se giró para ponerse cara a cara con su hija, de rodillas sobre el asiento, alargando la mano para limpiarle la camiseta mojada—. No pasa nada, Mary, sólo es zumo.

—Papá ha gritado.

—Lo siento, cariño. Ha sido sin querer.

La niña se agarró a Dell y este enterró la nariz en su pelo. Oía a champú de coco. Pudo sentir sus costillas bajo las manos, huesos diminutos que se sacudían con sus sollozos. El corazón latiendo con fuerza. Había pocos rasgos físicos de Dell en los gemelos, pero estaba convencido de que Mary había heredado su carácter. Meditabunda. En ocasiones triste. Tom era más volátil, como su madre.

Ahora el niño también había empezado a gimotear, de modo que Dell liberó su mano izquierda y abrazó a su hijo. Los dos entre sus brazos. Cuando aún trabajaba, cuando se encontraba lejos de su familia, tumbado a solas en una habitación de hotel o sentado en el oscuro tubo de un avión de pasajeros, Dell se había sorprendido repitiendo los nombres de su esposa e hijos en un mantra silencioso. Como si eso fuera a mantenerles unidos en una unidad irrompible. *Rosie, Mary, Tommy.*

Tom empezó a revolverse y Dell lo dejó ir. Pero Mary siguió aferrada a él.

—Te quiero, papá.

—Yo también te quiero, ángel mío.

Finalmente los pequeños dedos de su hija le soltaron y Dell, todavía de rodillas sobre el asiento, separó el rostro de su pelo y vio la camioneta negra, una 4x4 con las ventanas ahumadas

y defensa delantera de acero, acercándose a ellos desde atrás. Con rapidez. La vio aumentar de tamaño en la luneta trasera, esperando el momento en el que se desviaría para adelantarles. No lo hizo.

La defensa de acero embistió el maletero del Volvo. El vehículo dio una guñada y Rosie luchó por mantenerlo en la carretera. Los niños chillaron y Dell le gritó a la camioneta, como si eso fuera a detenerla.

El guardabarros negro y el grueso neumático lamelizado se cernieron sobre Rosie, que maldijo en afrikáans, batallando contra el volante. Perdió el control cuando la furgoneta los embistió desde el costado, empujando el Volvo hacia el escuálido guardarraíl plateado. La camioneta volvió a golpearles y el coche saltó sobre el quitamiedos, arrancando las cortas estacas de madera que lo unían al borde.

El impacto de la colisión lanzó a Dell a través del parabrisas. Salió de espaldas, en una explosión de cristal, como si hubiera sido eyectado. Colgando sobre el vacío durante lo que se le antojaron horas antes de golpear contra el suelo, aterrizando de costado, sobre la estrecha franja de malas hierbas que crecían entre el acero arrancado y retorcido y la caída infinita.

Lo último que vio antes de que el mundo se fundiera en negro fue el Volvo dando vueltas en el aire, rodando para siempre mientras caía hacia las serradas rocas con todo lo que amaba en su interior.

Inja Mazibuko tenía hambre. No había probado bocado desde que había disparado contra el blanco gordo. Su ayuno era un intento por matar de hambre la cosa oscura que devoraba sus fuerzas, y una penitencia mediante la que apaciguar a sus ancestros, un ruego para que le condujeran hasta la mujer que se le había escapado. La que había visto su rostro. La mestiza. Ahora, viendo su coche estrellarse contra las rocas, explotando en una bola de sucio fuego naranja, notó que su apetito renacía.

El xhosa idiota que tenía a su lado rió, señalando el coche.

—¡Ye, ye, ye! —un asno rebuznante que nunca callaba.

Inja puso en marcha la camioneta e inició el descenso del paso hacia la distante Ciudad del Cabo. Era zulú de nacimiento y se encontraba a prácticamente tres mil doscientos kilómetros de su hogar, al norte por la costa oriental, más allá de Durban, donde era *induna*, un cacique al servicio de su jefe. Había llegado en avión para matar al millonario blanco, y ahora que había solucionado el desaguisado estaba deseando marcharse. No le gustaba aquel lugar, lleno de mestizos y de xhosas imbéciles. Como el muchacho que cotorreaba a su lado.

Inja había reclutado al joven en Ciudad del Cabo, uno más entre todos aquellos animales que corrían asilvestrados por los campamentos de chabolas que infestaban los alrededores del

aeropuerto. No conocía la ciudad y necesitaba un guía local. No había perdido de vista al muchacho en tres días y estaba comenzando a hartarse de sus inanes balbuceos. Inja dejó de escucharle y pensó en comida. Suspiraba por una cabeza de cordero, tal y como la cocinaban en los asentamientos; estaba salivando.

En la parte baja del paso, la desierta carretera se allanaba y se dirigía en línea recta hacia una presa que yacía como un espejo en mitad del ennegrecido *veld*. Inja redujo la velocidad y salió del asfalto, recorriendo el sendero de grava que conducía hasta la pared de la presa.

—¿Por qué paramos, *baba*? —el idiota le llamaba *padre* en deferencia a su edad. En ningún momento había compartido con el muchacho el nombre de su clan. Y desde luego no había compartido el apodo que le perseguía desde su infancia en Zululandia. *Inja*. Perro.

—Tengo que orinar —abrió la puerta y salió—. Pásame una Coca Cola de atrás —Inja, delgado y negro como un bastón de regaliz, se alejó un par de pasos del vehículo y se detuvo junto a un tronco de árbol que sobresalía, abrasado y retorcido, entre las cenizas.

Mientras meaba, Inja vio al muchacho abrir la puerta del cubre caja y trepar de pies y manos a la parte trasera del Toyota, para hurgar en la nevera de acampada. Inja se sacudió y cerró la cremallera. Se abrió la chaqueta deportiva de cuadros y sacó la pistola de su funda en la cadera. No era el arma que había utilizado para matar al blanco. Esta era la que le había prestado al muchacho. Aún no había sido disparada. Encontró el silenciador en su bolsillo y lo enroscó mientras regresaba hacia la camioneta. No se veía a nadie en kilómetros a la redonda, pero mejor ser cuidadoso.

Las gordas nalgas del *xhosa* asomaban hacia él.

—No hay Coca Cola, *baba*. Sólo Pepsi.

Inja se inclinó hacia delante y pegó el cañón de la pistola contra la base del cráneo del muchacho, donde la piel se plegaba

como el trasero de un toro. Apretó el gatillo dos veces. El imbécil cayó inerte hacia delante, dejando el culo en el aire. Inja alzó un mocasín gris con hebilla y empujó el trasero hasta que el muchacho quedó completamente despatarrado en el suelo. Agarró la lona que cubría el suelo metálico de la caja del vehículo y cubrió el cuerpo. Cerró la puerta del cubre caja y echó la llave.

A continuación extrajo la prenda íntima del bolsillo de su chaqueta y la sostuvo entre el índice y el pulgar. La observó. Las bragas que había encontrado en el dormitorio del blanco. Diminutas, inmodestas. La ropa interior de una puta. Si sorprendía a sus esposas llevando algo parecido, las azotaría con una fusta.

Algunos dirían que había rastreado a la ramera mestiza a través de su correspondencia electrónica —de naturaleza sexual— que había encontrado en la BlackBerry que se había llevado del apartamento del gordo. Pero Inja sabía la verdad. Aquellas bragas, empapadas con los jugos de la mestiza habían permitido a sus ancestros guiarle hasta ella como si llevase una baliza. Hasta la casa en los suburbios de Ciudad del Cabo, donde se había dispuesto a entrar y liquidarla hasta que ella y su familia se habían alejado en el automóvil plateado presentándole una alternativa más limpia.

Inja dejó caer las bragas al suelo y usó el mocasín para cubrirlas con cenizas. No le gustaban los mestizos. Gente impura. Ni blancos ni negros. Pero la mujer infiel había recibido su merecido. Inja se puso al volante del Toyota y salió de nuevo al asfalto.

Dell abrió los ojos. Una luz cegadora le abrasaba el cerebro y le dolía la cabeza. Retazos de recuerdos explotaron como granadas en su cráneo. La camioneta negra. El Volvo atravesando el guardarraíl plateado. Su esposa e hijos gritando mientras el coche daba vueltas.

*Jesús.*



Miró a su derecha y vio un precipicio a la eternidad. Vio el humo negro y aceitoso emergiendo del diminuto Volvo aplastado, que yacía volcado, ardiendo sobre las rocas y las cenizas.

Dell cerró los ojos. Intentó rebobinar y borrar la pesadilla. *Rosie, Mary, Tommy*. Oyó un batir de alas y abrió los ojos para ver un ave posándose. Un buitre del cabo con la cabeza calva, el pico ganchudo bamboleándose sobre un cuello esmirriado y rosado, alas polvorientas como el abrigo de un enterrador. Sus garras grises y arrugadas se arrastraron sobre las cenizas hacia Dell.

Éste se sentó, gritó y gesticuló con un brazo. Tenía la piel manchada de sangre y una manga de la camisa desgarrada a la altura del hombro. El ave profirió un sonido parecido a la tos de un anciano y emprendió el vuelo, súbitamente grácil al saltar al vacío y desplegar las alas.

Mientras Dell gritaba la sangre burbujeó en su boca, y fragmentos de cristal roto brillaron como diamantes cuando escupió sobre la arena, entre sus pies. Vio que había perdido los zapatos. Y un calcetín.

Dell se incorporó y el mundo comenzó a darle vueltas de tal manera que a punto estuvo de caer por encima del borde. Oyó un motor que subía esforzadamente, en marcha corta. Salió a la carretera dando traspiés, agitando un brazo ensangrentado. Un pequeño coche japonés de color verde iba directo hacia él. Mientras frenaba, Dell vio que el que conducía era un hombre; el sol iluminó sus manos pecosas sobre el volante. Junto a él iba sentada una mujer, con el rostro pálido de la impresión.

Entonces el coche aceleró y rodeó a Dell, alejándose de inmediato. Dos niños rubios lo observaron a través de la luneta trasera mientras el coche desaparecía tras un saliente de roca horadada. No le sorprendió. Aquello era Sudáfrica, donde los buenos samaritanos eran atracados a punta de pistola en el escenario de falsos accidentes.

Dell encontró su móvil en el bolsillo de los vaqueros. El

cristal estaba rajado y cuando intentó marcar un número de emergencia el teléfono permaneció mudo. Volvió a guardarse el trasto inútil y comenzó a caminar siguiendo la carretera que serpenteaba hacia el río seco. Hacia su familia. No llegó lejos. El asfalto se alzó y le golpeó en la cabeza.

Inja condujo durante una hora, hacia Ciudad del Cabo. Se fumó un grueso canuto liado a mano, cargado con la potente hierba de su hogar. Veneno de Durban. Famosa en el mundo entero por su poder casi alucinógeno. En su cultura no estaba considerada una droga, sino una hierba medicinal. La hierba que había enviado a los guerreros zulúes a la batalla contra los bóer y los británicos; los ojos enrojecidos con la sed de sangre.

El veneno de Durban crecía verde y profusamente en las rocosas colinas rojas del hogar de Inja, y gracias a él había amasado una fortuna a lo largo de los años. Usando a los locales para que cuidaran y recolectaran sus cultivos ilegales. Transportando la marihuana hasta Durban para su exportación. Era su primer canuto del día y notó la sensación familiar de su propia fuerza. De su poder e invencibilidad. Una sensación que creía haber perdido.

Inja estaba en la autopista de camino a Ciudad del Cabo. La montaña de cima plana había aparecido ya en la distancia cuando vio una salida a una área de servicio con gasolinera y restaurante. Los rugidos de su estómago le exigieron que parase. Sería comida de hombre blanco, insípida y carente de sustento, pero le serviría para aguantar hasta que pudiera conseguir una cabeza de cordero más tarde.

Inja silbó mientras salía de la autopista y aparcaba el Toyota frente al restaurante. Entró y se sentó en un reservado junto a la ventana, con vistas al aparcamiento y la gasolinera. Pidió una hamburguesa doble con queso, patatas y huevos fritos muy hechos.

Llegó la comida y se abalanzó sobre ella. Ignoró las miradas

de las familias de blancos y mestizos mientras se embutía la comida en la boca. Esperó a que su estómago se rebelara, a que su apetito se cerrara como un grifo, dejándole sudado y presa de las náuseas, mientras las maldiciones de sus ancestros saltaban sobre los huesos de su cráneo. Pero la comida permaneció en su estómago, y el plato quedó casi vacío antes de que comenzara a sentirse satisfecho. Bajó el ritmo. Eructó. Su estómago se hincha felicitemente contra el cinturón. La calidez de su vientre se extendió hacia sus testículos.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la cartera, abriéndola para revelar una instantánea en el interior. Una hermosa virgen de las colinas de Zululandia, los pechos desnudos como capullos de flor. Dieciséis años. Dentro de una semana Inja la tomaría como esposa. Su cuarta. Contempló la foto mientras masticaba.

Inja oyó un perro ladrar y miró hacia el aparcamiento. Un coche de policía se había detenido junto a su camioneta y dos uniformados, uno blanco, el otro mestizo, salieron del vehículo. El blanco sacó un perro policía —un bicho enorme con cadena estranguladora— de la parte trasera. Lo condujo hasta una isleta de hierba para que meara contra un árbol muerto. El mestizo apoyó los codos sobre el techo del coche patrulla y encendió un cigarrillo mientras observaba a una mujer de vaqueros ajustados bajar con esfuerzo de un descapotable.

Cuando hubo acabado, el policía blanco llevó de regreso al perro. Éste se detuvo junto al piloto trasero del Toyota alquilado de Inja, olisqueando con su largo hocico. El agente tiró de la cadena del animal, pero el perro se negó a moverse. El policía blanco pasó una mano sobre el piloto, se inspeccionó los dedos, le dijo algo al mestizo y éste arrojó su pitillo al suelo y se unió a su compañero. Los dos hombres estudiaron la parte trasera de la camioneta. Intentaron abrir el cubre caja, comprobaron que estaba cerrado con llave.

Los policías hablaron con un empleado de la gasolinera que

señaló hacia donde Inja estaba sentado, en el reservado junto a la ventana. Encerraron al perro en el coche y entraron en el restaurante, con las armas desenfundadas, espantando a los demás clientes, que se agacharon bajo las mesas en busca de refugio.

Inja mojó una de las patatas en ketchup y la masticó, mientras miraba a los policías que se aproximaban apuntándole con sus Z88 reglamentarias.

—¿Es suya esa camioneta? —preguntó el mestizo. Inja asintió.

—Mantenga las manos a la vista —dijo el policía blanco.

Inja los miró de hito en hito, todavía masticando. Alargó la mano hacia la cartera, que yacía abierta sobre la mesa, seguido de cerca por las pistolas. Alzó la cartera para que pudieran ver su cédula de identidad en la ventanilla de plástico, junto a la fotografía de su prometida.

—Agente Moses Mazibuko —dijo—. Unidad de Investigaciones Especiales.